

V. Blasco Ibáñez  
La herencia de Zola  
(*El Pueblo*, 4-4-1905)

Cuando el gran novelista dejó de existir, todo el mundo creyó que su viuda quedaba en posesión de una fortuna de millones.

Pues bien: madame Zola acaba de solicitar del gobierno francés que acepte el regalo que le hace de la famosa quinta de Medan, construida por el novelista. La viuda no tiene otra fortuna que el producto anual de los libros de su marido, y estos, pasado el momento de su publicación, solo dan a la respetable señora para vivir modestamente.

Le es imposible sostener los gastos que ocasiona Medan con sus jardines y su servidumbre, y no queriendo vender la finca a gentes desconocidas que borrarían los vestigios de su primitivo dueño, la regala al gobierno con todos sus muebles, cuadros, estatuas, etc., para que aquel la emplee en un fin benéfico.

En un principio quiso la viuda de Zola que Medan se convirtiera en asilo de escritores pobres; pero el gobierno carece en sus presupuestos de una partida para el sostenimiento de un refugio literario. Por fin, el director de la Asistencia Pública, ha aceptado el regalo de Medan para establecer en él un sanatorio de enfermeras convalecientes.

Zola, el escritor revolucionario, el gran artista anticristiano, mostraríase satisfecho al ver convertida la casa de sus ilusiones, en lugar de descanso para esas santas mujeres que sin otro impulso que el del deber y no esperando ganar cielo alguno, dedican su existencia al cuidado del dolor ajeno.

Esas enfermeras laicas de los hospitales de París no tienen poetas cursis que las canten llamándolas «ángeles de blancas tocas» ni predicadores que las ensalcen pintándolas como dechados de caridad; y sin embargo, modestamente, sin reclamos, cumplen su deber cerca del doliente mejor que esas religiosas que invaden tiránicamente nuestros centros benéficos y atienden a la desgracia humana más por fines de propaganda y dominación religiosa que por ingenuo altruismo.

En adelante las enfermeras laicas que cumpliendo su misión en los hospitales contraen dolencias gravísimas, tendrán para convalecer el hermoso palacio de Medan, sus jardines, el Sena bajo las ventanas y

enfrente una isla propiedad del novelista en la que este levantó un chalet idílico. Bajo el mismo techo donde adquirieron vida los centonares de personajes inmortales de la gran epopeya zolesca, recobrarán su salud esas guerreras obscuras de la filantropía que marchan denodadamente al encuentro del dolor humano.

¿Y la herencia de Zola qué se ha hecho? —preguntarán algunos— ¿Dónde están los millones que ganó el novelista?... Hubo libros como *Naná* o *Germinal* que produjeron en el primer año más de cincuenta mil duros. ¿A dónde ha ido a parar tanto dinero?

Pues todo ese dinero está en Medan, enterrado o a la luz del día, pero igualmente improductivo.

El artista nunca es rico, tal como se entiende la riqueza en sentido burgués. Aunque sea virtuoso, carezca de vicios y la fortuna le favorezca con enormes ganancias, tiene la triste habilidad de colocar su dinero del modo más improductivo y torpe que puede concebirse.

Un industrial, un comerciante, cualquier individuo, cuando tiene dinero y construye una casa, es para que la habiten otros y le proporcionen la renta de su capital.

Si a un artista se le ocurre levantar un edificio, es para él, y reñido con la realidad convierte lo que iba a ser una cabaña en un palacio, enterrando en la obra disparatada todas sus ganancias. Mientras él vive, se mantiene el alcázar con sus desordenados gastos: como si el dueño gozase de enormes rentas; cuando muere, queda el palacio, que para nadie sirve, pero en sus puertas viene a sentarse la miseria.

La casa es de primera necesidad para el artista. No hay ninguno a quien sonría el éxito que no piense inmediatamente en el refugio propio, construido conforme a sus gustos, sus caprichos o sus manías. Es un instinto natural. La fiera escoge su cubil, el pájaro se construye el nido y el artista quiere su casa, pero *suya*, a su imagen y semejanza.

Es una necesidad que no sienten los rentistas, los ociosos o los negociantes de escasa imaginación. Les basta con la calle: todos sus anhelos no van más allá del salón del casino donde se miente y murmura, o la mesa del café con sus discusiones de necesidades.

Pero el artista moderno necesita trabajar mucho y bien; hoy no se triunfa como en otros tiempos por la calidad, es preciso añadir a esto la cantidad, la fiebre de producción de nuestra época, y esto obliga a permanecer encerrado en casa la mayor parte de la vida. Cuando por

entusiasmo artístico, se sufre la existencia de un cenobita, el aislamiento de un cartujo, ¿qué aspiración más natural que construirse la celda a gusto, embelleciéndola con todos los caprichos de la imaginación?

La primera novela de Zola que obtuvo algún éxito le impulsó inmediatamente a buscarse un refugio en el campo, cerca del Sena, a la vista de París, pero lejos de su ruido. Acababa de ganar 20 000 francos, los primeros de su vida, y compró Medan en 15 000, que era entonces una artística casita de labriegos con unas tierras anexas. Desde entonces comenzó la locura de la construcción.

El artista que crea libros, alineando palabras, tiene la pasión, la furia de construir igualmente con madera y ladrillo. Cada nueva novela, con un éxito creciente, era la señal de una nueva obra y Medan fue creciendo desmesuradamente con un desorden fantástico, llenando la orilla del río, la estrecha faja de terreno, entre la línea férrea y el hermoso Sena. Los labriegos propietarios de los campos vecinos veían venir al dueño de Medan, al buen señor algo chiflado que ganaba miles de francos con tanta facilidad escribiendo mentiras, y le hacían pagar a precios fantásticos sus terrones que nada valían antes. ¿Aparecía una novela? Pues al momento elevábase sobre el suelo de Medan una torre gótica. ¿Publicaba otro libro, medio año después? Un pabellón de estilo Renacimiento levantábase a corta distancia de la primitiva casa. Puentes atrevidos con artísticos adornos, galerías esculturales unían unos edificios a otros ligando los diversos miembros de este monstruo arquitectónico, que parecía narrar en sus diversas partes la marcha de la fortuna y los progresos literarios del dueño.

La imprevisión artística, el descuido de un hombre que construye con el pensamiento puesto en otras cosas, notábase por todas partes. Para adornar la sala de billar, hizo Zola un largo viaje con varios artistas, y a fuerza de dinero copió el artesonado de un castillo famoso. Cuentan que en este capricho gastó muchos miles de francos. En cambio, cuando murió madama Zola (madre) en el piso principal de la casa, tuvieron que bajarla por una ventana con ayuda de una garrucha. Era una mujer corpulenta y Medan aún conserva la misma escalera estrecha y tortuosa de cuando era una casa de labradores. El gran artista, que gastó una fortuna en un techo, no había reparado en la estrechez de la escalera. Los que escriben libros no se fijan en estas cosas insignificantes. Hoy, el gobierno francés, al hacerse cargo del palacio, lo primero que se

propone realizar es el derribo de varias habitaciones para construir una escalera y que no se repita el caso de madama Zola.

¡Oh, Medan, nido de gloriosos recuerdos, Meca de la literatura moderna!

Allí se presentaba Alfonso Daudet con sus melenas merovingias y una turba ruidosa de chiquillos, hijos suyos, que la esposa de Zola acariciaba con el ardor anhelante de la hembra infecunda. Goncourt paseaba, con orgullo de viejo petulante, su belleza, que le había hecho ser adorado en otros tiempos por las beldades del boulevard. Tourgueniev callaba y sonreía con un gesto enigmático de eslavo, y un mocetón forzudo y algo loco, Guy de Maupassant, los divertía a todos haciendo alardes de fuerza o contando en verde lenguaje sus aventuras y buenas fortunas.

Zola tenía en el río hermosos botes, en los que raramente se embarcaba. Eran para el muchacho, para el hijo de todos aquellos veteranos ilustres, para el ruidoso Maupassant; y mientras el maestro escribía arriba en su estudio, el cuentista, con los bíceps al aire, remaba contra la corriente. Zola, sonriendo, pagaba los remos rotos.

Loa compañeros, loa artistas llegaban a Medan al comenzar la primavera como pájaros errantes de la poesía, anunciadores de la belleza. Y al presentarse sorprendíanse ante las mágicas mutaciones. La casa se agrandaba, los jardines se extendían, y pareciéndole a Zola estrecha la ribera, se iba a la orilla opuesta del río, comprando una isla y levantando en ella una nueva casa.

Era la fiebre de la construcción. El maestro, sin hijos y sin parientes, para él solo y su mujer, levantaba un pueblo. Habitaciones y más habitaciones, sin saber para qué servirían, sin otro objeto que albergar muebles antiguos, libros, estatuas rotas, altares desmontados.

Allí se ocultó y desapareció toda la fortuna de los Rougon-Maquart. Si la viuda de Zola hubiese querido vender Medan, de seguro que por todo él y por las riquezas artísticas que contiene no le dan ni la octava parte de su coste. Y no hablemos de la gloria que parece flotar en sus habitaciones, del ambiente lleno de recuerdos que a muchos nos haría caer de rodillas. Por eso no hay cambalachero que dé cinco francos.

El artista es como aquellos marinos aventureros que amaban su barco como su propia persona, y todo cuanto ganaban en las

arriesgadas expediciones dedicábanlo a su embellecimiento. La estatua de proa adornábanla con joyas de precio que solo las olas podían ver; las maderas más ricas empleábanlas en las piezas más vulgares del barco.

La nave del gran descubridor de la vida humana era Medan. Sin moverse de allí, realizaba sus asombrosas excursiones, y a ella dedicaba su fortuna.

Semejante a esos moluscos que segregan la corteza que les sirve de refugio, y les acompaña hasta la muerte, el artista va soltando en torno de su persona, sus guatos, sus ilusiones y así forma la vivienda en la que ha de sorprenderle la muerte.

Arrancarle de ella es quitarle la vida. Allí ha soñado, allí ha producido. Ama tal estatua o tal cuadro, porque en ellos fijaba su vista distraída en el mismo momento que le asaltó un pensamiento inmortal; en los rincones parecen refugiarse los fantasmas de los personajes por él creados; cada mueble le recuerda un esfuerzo de su imaginación, un estremecimiento de su potencia evocadora.

Cualquier hombre puede cambiar de domicilio sin emoción. Un artista siente deseos de llorar cuando abandona la casa donde soñó y creó. Es algo de su existencia que deja a la espalda, un desgarrón de su alma que queda en el camino. Ha poblado el espacio de seres, mientras escribía: ha impregnado las paredes con su pensamiento.

Hace poco, el gran Ibsen, enfermo y viejo, se irguió con furiosa arrogancia. El municipio de Cristiania, por exigencias del ornato público, quería derribar su casa. Le indemnizaban generosamente, prometían a su grande hombre nacional construirle un palacio nuevo a cambio de la modesta casa donde ha transcurrido gran parte de su vida; pero el poeta protestó indignado.

No; no podía aceptar este atropello. Si le expulsaban de su casa, si la derribaban, abandonaría Noruega, su país, para trasladarse a Dinamarca para siempre.

Su casa era su patria: allí había nacido su obra, sus dramas que asombran al mundo. La casa era él; destruirla equivalía a desterrarle.

Y el municipio noruego permanece con la piqueta en alto, por respeto al poeta, acatando su protesta, esperando a que muera para echar abajo el cascarón que abrigó su genio.